



PRIMERA CONFERENCIA EN EL CLUB SIGLO XXI

Madrid, 29 de febrero de 1988

Señoras y señores, voy a pronunciar unas palabras que espero que, al menos, reúnan tres condiciones: la de ser claras, la de ser concisas y también —por qué no—, la de ser comprometidas.

A doce años del siglo XXI, del año 2000; a cuatro años del '92 —de la plena integración de España en la Comunidad Económica Europea y del Mercado Único Europeo—, y camino de los seis años de poder socialista, ¿qué España queremos? ¿Qué tiene que hacer y decir el centro-derecha en esa España, suponiendo que tenga algo que hacer y decir?

Estas reflexiones —que a su vez son una invitación general a la meditación— pretendo desarrollarlas en tres grandes apartados: un análisis de situación, una propuesta política y un proyecto estratégico.

A mi juicio, una cierta sensación de fatalidad recorre la vida política española. La creencia de que no hay una forma cierta de vencer al Partido Socialista. Esta es una impresión generalizada que se extiende, a mi entender, como una epidemia por muchos sectores sociales y que impregna también el conjunto de la opinión pública.

Yo le preguntaría a cada uno de ustedes, que han tenido la amabilidad de venir a compartir conmigo estas reflexiones, si en el fondo de su corazón no están convencidos por esa creencia.

¿Hay algunos entre ustedes que crean hoy posible y —lo que es más importante— altamente probable una derrota socialista clara en las próximas elecciones generales? Fíjense que no les pregunto si lo desean, sino si lo creen factible.

¿Qué conjunto de circunstancias han tenido que confluír para que esto sea así? ¿Qué ha pasado para que tenga gran dosis de fundamento la aseveración de un ilustre profesor que hablar de nuestra singularidad que algunas veces está basada en una democracia sin alternativa?

Muchas veces no podemos explicarnos, sin dedicarle un poco de tiempo y un poco de atención, cómo un equipo de gobierno que recibe las más duras críticas en campos fundamentales de su actuación, mantiene, sin embargo, esa creencia generalizada de imbatibilidad.

¿Es que no existe una alternativa real a ese gobierno, ni a su forma de gobernar, ni a su líder, ni al partido que lo sustenta?

¿Es que no hay otro conjunto de ideas y de personas que formen un proyecto político capaz de generar una confianza traducible en el suficiente número de apoyos populares?

Lo cierto es, que a mi entender, el ciudadano tiene la sensación de que no existe una alternativa real y la cuestión reside en discernir si es posible o no, una propuesta ideológica, un proyecto político en el espacio del centro-derecha que sea percibido como una alternativa real al poder socialista, es decir, que tenga posibilidades de sucederle de forma inmediata en sus tareas de gobierno.

Mi respuesta es que sí. Que es posible.

Pero, si es posible, ¿por qué no se ha producido? Y si se ha producido, ¿por qué no se percibe? Sobre estos interrogantes, me gustaría que hiciéramos un esfuerzo común de reflexión esta noche.

La pasada semana se celebró en el Congreso de los Diputados el llamado Debate sobre el estado de la Nación. Hay coincidencia general en que despertó escaso interés popular, lo cual no quiere decir que los ciudadanos no tuvieran algunas ideas muy claras con respecto a lo que allí se debatía.

Efectivamente, los más solventes estudios nos dicen que más del 40% de los ciudadanos valora negativamente la actual situación del país. Y lo que es más significativo, el 53% estima o cree que en el ejercicio del poder el Socialismo ha olvidado sus proclamas de honradez y de ética.

Y sin embargo, curiosamente, esos mismos ciudadanos —también en forma mayoritaria—, opinan que ningún otro gobierno podría hacer mejor las cosas.

He aquí lo que supone la ausencia de percepción para la mayoría de los ciudadanos de una alternativa real. Estos lo hacen mal, parecen decir, pero no se ve otra fórmula mejor.

Mientras no salgamos del círculo que representa esta paradoja, la situación política española, a mi juicio, permanecerá bloqueada, y ese bloqueo tiene y contiene una pluralidad de manifestaciones.

Una de las más singulares es que al poder se le soporta todo, porque no hay una referencia concreta de recambio posible y porque los ciudadanos tienen y sienten horror al vacío político. *Hacen lo que pueden*, nos dicen unos; *Les gustaría hacer otras cosas, pero la realidad no se lo permite*, afirman otros.

En última instancia, se ha transmitido eficazmente, la idea de que se hace lo único que se puede hacer. Y lo que es peor, esta situación ha sido aceptada por amplios sectores

sociales que han gozado de indudables ventajas a cambio de entregarse en cautividad ante la impotencia de la oposición política.

Y bien, si se acepta esta situación sólo cabe hacer una pregunta ¿es que realmente el único que puede hacer algo es el Partido Socialista?, porque si es así ¿para qué empeñarse en buscar un recambio?

No busquemos alternativas. Si lo único que se puede hacer lo hace el socialismo, apliquemos el viejo y conocido refrán de que *Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.*

Ahora bien, no nos extrañe entonces vernos sometidos a nuevos autoritarismos aunque puedan estar legitimados por las urnas, ni a que el entreguismo se extienda como una plaga por todos los sectores de la sociedad española, ni tampoco transfiramos a otros la entera responsabilidad de lo que ocurre.

Por mucha manipulación en la opinión pública, y la hay, por mucho monopolio de televisión, y lo hay, por más que se intentara ocultar la existencia de otro modelo, de otra fórmula alternativa, la pretensión sería vana.

La realidad, y en la fila me estoy apuntado el primero, es que no hemos sabido o no hemos querido, unos y otros, hacerlo con eficacia. Y aquí incluyo, no sólo a los que nos dedicamos más directamente a las tareas políticas, sino a cuantos constituyen, en otros ámbitos, el espacio no socialista de la sociedad española.

Sinceramente, pienso, por lo tanto, que es urgente abrir una seria reflexión sobre la situación en que nos encontramos. Que es forzoso meditar sobre los errores que hayamos podido cometer para ponerle remedio. Y que no hay que tener ningún miedo ni ningún temor por hacerlo. Es más, si no lo hacemos todo seguirá más o menos como hasta ahora, es decir, el socialismo gobernando, la sociedad controlada, y la oposición satisfecha con el papel o con el papelito, según se entienda, que se le permita representar en la función.

Tal vez, lo que ocurre es, que a la oposición política, justamente se le exige que juegue ese papel. ¿Acaso no será, que lo único que pretende la oposición es sustituir a los que están en el poder para acabar haciendo más o menos lo mismo?

¿Será, tal vez por eso, que no se deslindan con claridad ni las propuestas ni los mensajes y que la estrategia socialista ha llevado a una situación de grave confusiónismo?

¿No es cierto que, desde sectores internos del partido en el poder se acusa a los gobernantes de realizar una política de derecha? ¿Que desde sectores de la derecha, se lamentan que se les ha arrebatado su política? ¿Que desde espacios centristas se intenta rebasar por la izquierda y que desde otros, al fin y al cabo, se está en la felicidad de vivir en el país europeo que más rápidamente se gana dinero?

¿Qué es lo que está pasando aquí?

Analicemos, señoras y señores, bien la situación: a mi juicio, el socialismo, presenta tres vertientes bien definidas. La primera es la organización, constituida por el inmenso bloque de poder felipista; la segunda es la forma, que es la moderación o la estrategia, y la tercera es el fondo, que es la ocupación progresiva de la sociedad y previamente del Estado.

Todo ello se resume en un claro razonamiento que desde aquellas filas se hace a la sociedad española y a ellos mismos. Para mantenernos en el poder, se nos viene a decir, hay que someter el ritmo y la consecución de las transformaciones socialistas a las posibilidades reales. En caso contrario, si no lo hacemos así, nos podemos arriesgar a perder el poder antes de tiempo.

Lo podremos hacer mal, pero mientras los otros estén peor no hay grave motivo de inquietud. Al fin y al cabo, nosotros está claro que garantizamos la estabilidad y la gobernabilidad del país y los demás, por el momento, no garantizan nada.

Sin duda que esta posición está imbuida por grandes dosis de cinismo, pero siendo la que es, lo más grave es que el centro-derecha, con torpeza a veces lamentable, se deje llevar, una y otra vez, a las trampas que se le tienden desde el poder.

Este esquema solo se ha roto parcialmente desde 1982 en las elecciones de 1987, pero los triunfos conseguidos entonces pueden amenazar con convertirse en islotes aislados de resistencia si no se articula con urgencia un hilo conductor general, sólido y resistente.

No perdamos pues, el tiempo en recrearnos en las contradicciones socialistas ni en perdernos en el divertido análisis de sus programas, no es ya esa la cuestión. Cuando todo se convierte en estrategia aparece la desorientación colectiva, que hace posible, al final, que tanto en la izquierda como en la derecha, pueda repetirse la famosa frase *Yo ya no sé si soy de los nuestros*.

Ocurre que, como no se esperaba la moderación de los socialistas, algunos les parece que la izquierda no existe en este país. Ocurre, que al perder el socialismo sus rasgos más singulares ha descolocado al centro-derecha.

En nuestro país, nosotros hemos basado fundamentalmente nuestra ideología en la confrontación dialéctica con el pensamiento socialista. Al desdibujarse éste con la crisis del socialismo democrático en el mundo occidental, el centro-derecha se ha quedado perplejo. Y existe una multitud de ejemplos de esta situación, ante la reforma educativa, o la penal, o la sanitaria, y particularmente en política exterior y en economía.

Centrémonos en este último punto por ser, tal vez, el más relevante. En política económica, al socialismo se le ha acusado —le hemos acusado— a la vez, de no cumplir su programa y de hurtarnos el nuestro. Podrá parecer absurdo, pero así ha sido. Y tenemos que preguntarnos si esa es, ciertamente, la realidad. Si nos hemos quedado sin un proyecto y sin un programa. Tenemos que preguntarnos al final, si un gobierno de centro-derecha haría, la misma política que se ha venido haciendo hasta ahora.

A mi juicio, un análisis detallado de la realidad, nos dice que en cuestiones básicas y justamente definidoras no es así. Más aún queda resaltada la diferencia de lo que tiene que ser una política liberal de una fórmula socialista: no puede ser nuestra política la que hace que, en cinco años, el Estado en su conjunto haya pasado de controlar el 37% a controlar el 43% de la riqueza nacional. Sencillamente, porque eso significa que se están sustrayendo parcelas de actuación a la sociedad para atribuírselas al Estado en un momento además, en el que todos los países de la Comunidad Económica Europea siguen el camino inverso, excepto Grecia.

No puede ser, tampoco, nuestra política, la que eleva en cinco años la presión fiscal en nueve puntos llevando, por ejemplo, a que un ciudadano que no tenga más ingresos que los de su trabajo tenga que dedicar cuatro de cada diez horas de su actividad para pagar sus impuestos y cotizaciones sociales.

No puede ser tampoco, nuestra política la que eleva el gasto público de cinco a catorce billones, ni la deuda de dos a quince billones, ni la que hace que más de nueve millones de españoles dependan ya directamente del sector público.

No es, por lo tanto, indiferente quién gobierne.

No es lícito convertir toda la política en la estrategia.

No puede ser lo mismo una política que otra.

Es hora de decir, llana y simplemente, que existe, que hay otra política posible, en economía y en lo demás.

Es obvio, señoras y señores, que ni tengo la pretensión, ni abrigo propósito alguno de desarrollar un programa electoral o de gobierno; eso es tarea y responsabilidad de otras personas y de los equipos que ellas forman y dirigen.

Pero si he pedido una urgente reflexión al centro-derecha, cómo hurtar mi contribución a ella. Antes al contrario, tengo, siento, la obligación de contribuir poniendo el acento en asuntos que considero trascendentes aún sabiendo que muchos quedarán fuera necesariamente, que otros simplemente serán apuntados e intentando basarme en sus partes más notables en la modesta experiencia de gobierno que desarrollamos en Castilla y León.

Es por ello que en la actualidad entiendo que toda propuesta política nacida en el espacio de centro-derecha tiene que sustentarse en dos ideas fundamentales: el fortalecimiento de la sociedad civil, de su energía y de su vitalidad, y la recuperación del vigor democrático de la sociedad española y de las instituciones que la representan.

Esto es: un compromiso con los ciudadanos, con sus derechos y libertades, un proyecto por y para la sociedad.

Una política como la que propongo tiene que estar influida no sólo en sus fundamentos sino también en los comportamientos por un marcado talante liberal. Por la aplicación del sentido común y por la valoración positiva de las cosas sencillas que, tal vez sean elementales, pero que se pierden muchas veces en el ejercicio cotidiano de la actividad política.

¿Por qué se distancian cada vez más los ciudadanos de los políticos? ¿Por qué se nos valora a los políticos tan negativamente?. No será por culpa de los ciudadanos que ven cómo los políticos viven para ellos —y algunos, por cierto, cada vez mejor—, considerando la política, no como una actividad, sino como un fin en sí mismo.

Una conducta liberal, por el contrario, es la que hace del compromiso con los ciudadanos su principal guía.

Es la que se basa en la moderación, en la tolerancia y en el diálogo.

Es la que apuesta por el cumplimiento de los proyectos porque previamente se ha cuidado de que esos proyectos y de que esas propuestas no sean, tan sólo, creíbles por los ciudadanos, sino lo que es más importante, que sean posibles.

Es la que alienta el espíritu de concordia y de compromiso.

En esencia, es la que considera a los ciudadanos mayores de edad y no sujetos a dirección o tutela.

Es la que recupera para la sociedad el terreno arrebatado por un Estado que se convierte en un fin en sí mismo.

Y, por último, es la que tiene la capacidad final de articular estas ideas en proyectos realizables, en proyectos posibles.

Pues bien, que nadie se llame a engaño: estas ideas básicas significan que hay que renunciar a poder, que hay que devolver poder a la sociedad en la capacidad iniciativa de cada ciudadano y lo que es más importante que hay que estar dispuesto a hacer esa renuncia y que hay que hacerla efectivamente.

Una política al servicio del fortalecimiento de la sociedad civil pasa, necesariamente, por una reforma de la administración. En nuestro país, el tamaño de las Administraciones Públicas es excesivo y, en consecuencia, es necesario —a mi juicio— abordar su reforma y reducción.

Por una parte es necesario desarrollar plenamente el proceso descentralizador previsto en la Constitución. Y por otra, es preciso reducir la burocracia pública, definiendo sus cometidos y funciones y garantizando un marco de profesionalidad para sus trabajadores.

La Administración no es un fin en sí misma, es un instrumento, y por ello, no debe tender a ocuparlo todo sino a ajustar permanentemente su dimensión a lo que es estrictamente necesario. No debe tratar de entorpecer la actividad social sino lo

contrario, de favorecerla. La Administración, señoras y señores, no es de los gobernantes ni es de los funcionarios: es de los contribuyentes. Por eso no se debe alentar ningún viejo corporativismo sino recuperar el verdadero valor y dimensión de lo que significa el dinero del contribuyente.

En pocos países se siente y se practica un desprecio similar al que se ejerce desde la Administración española por el dinero del contribuyente. La recuperación de ese valor, que se traduce en la dinámica impuestos-servicios y ya no vale decir que comparativamente se pagan menos impuestos en España que en otros países europeos, se pagan los impuestos justos si se reciben los servicios adecuados; se pagan más impuestos de los necesarios cuando se reciben malos servicios.

La recuperación de ese valor supone también el ejercicio de la transparencia democrática del sector público, reside también en el control de la Administración y, sobre todo, en el cuidado y en el manejo de los fondos públicos. Y este concepto, estas características, deben ser ejes fundamentales de nuestra política.

Pues bien: todo proyecto de reducción y simplificación administrativa, debe estar también necesariamente vinculado a la consideración del Estado de las Autonomías.

A mi juicio, ha llegado el momento de proceder a un desarrollo cualitativo importante y tal vez decisivo de la Constitución y de los Estatutos de Autonomía.

La situación actual es de parálisis y cuando trece comunidades autónomas pueden iniciar un proceso de reivindicación y asunción de nuevas competencias, es grave y muy grave responsabilidad del Gobierno no querer afrontar la situación y cerrar toda vía de diálogo.

Tengo para mí como muy conveniente la recuperación del espíritu de compromiso o pacto que dio lugar al nacimiento de la Constitución de 1978 y que tuvo como uno de sus principales exponentes el Título Octavo de la Constitución.

Tal vez el sistema allí diseñado pueda ser considerado incómodo, pero por ser fruto de un gran acuerdo y un compromiso democrático entre los españoles y por no estar desarrollado ni al 50% de sus posibilidades, no debe ser ni neutralizado ni reformado, ni ilustrado irresponsablemente, ni mucho menos federalizado.

La recuperación de ese espíritu de concordia debe permitir el fijar el principio de eficacia como norte de cualquier actuación. Cada competencia tiene un ámbito de decisión adecuado y hay que discernirlo en función del principio de cercanía al ciudadano, del menor coste en el servicio, del ahorro público y de la más eficaz prestación de todos y cada uno de los servicios públicos.

No se trata en consecuencia de reivindicar porque sí, ni de alentar ningún agravio comparativo: se trata de hacer funcionar el sistema y hacerlo funcionar bien.

Y la primera premisa, naturalmente, es tener confianza en el propio sistema.

A mi juicio, el citado acuerdo debe tener como protagonistas a las comunidades autónomas y al Gobierno, y en el mismo deberían participar también las fuerzas políticas con representación parlamentaria.

El acuerdo que propongo no sólo debería abordar los puntos ya expuestos sino también la revisión de la financiación autonómica y local con arreglo a los siguientes criterios: consideración y reparto de los recursos globales entre el Estado, las comunidades autónomas y las corporaciones locales. Principio de responsabilidad de la administración, titular de la competencia y efectiva corrección de los desequilibrios.

Desde posiciones como las que vengo exponiendo, la política económica en la que creo —y en la que creemos—, debe estar al servicio de la iniciativa, de la iniciativa social creadora de riqueza y empleo, es decir, al servicio del progreso.

Ello no significa de ninguna manera, que el Estado deba renunciar a su papel de corrector de desequilibrios, pero así como cuando se habla de prestaciones sociales

debe tenerse presente que lo importante es que las prestaciones efectivamente se produzcan y no que se produzcan en exclusiva o con exclusiva, del mismo modo los objetivos legítimos que se propongan los ciudadanos pueden y deben llegar a su meta sin tener que estar forzosamente dirigidos por el Estado.

La reducción burocrática, la reforma de los servicios, junto con el mayor protagonismo social debe producir un ahorro capital en el control del gasto y del déficit y debe ser también limitadora del avance incontenible del consumo público.

Responsabilizar, como ha hecho el Presidente del Gobierno, a inercias no controlables del aumento del gasto público es la más palpable confesión de la impotencia de un gobernante.

La dinámica mayor ingreso mayor gasto en la situación actual y en la política actual es imparable. Basta mirar las cifras de 1987: da lo mismo haber recaudado novecientos mil millones de pesetas más, porque estaban gastados antes de haberlos ingresado. El protagonismo social y la decisión política de gobierno es el medio adecuado, uno de los medios más certeros para combatir el déficit, el gasto, el consumo público *inevitable*.

Pues bien, si cualquier política actual debe alentar y facilitar la fuerza reflejada por la iniciativa social, ello, a mi entender, entre otras cosas, significa lo siguiente: romper la dinámica especulativa en favor de la inversión productiva.

Fijar como objetivo inmediato la reducción del sector público por debajo del 40% del producto interior bruto (PIB).

Congelar la presión fiscal, al tiempo que se produce el proceso de reordenación administrativa y de los distintos servicios públicos.

Asentar la actividad económica en razón de la competencia, la profesionalidad y la productividad y revisar los criterios en que se fundamentan la utilización de los fondos

contra el desempleo, de tal suerte que se garantice una eficaz y efectiva solidaridad social.

Uno de los fenómenos más preocupantes de la vida española es, a mi entender, la degradación de la vida democrática y de las instituciones que la representan. La dignidad de las instituciones, no está en palacios ni en despachos ni en grandes alquileres ni en ningún tipo de ridícula megalomanía.

Está en la rectitud de conducta y en el funcionamiento normal y eficaz de las instituciones.

A nadie le puede extrañar que quien pretende el control de la sociedad haya ocupado previamente el Estado, pero se equivocará quien piense que puede desatar los nudos atados en el Estado al margen de la sociedad, y mucho menos si para ello se mantienen actitudes complacientes.

Un Parlamento degradado en su función del control y debate, un Tribunal Constitucional gravemente herido en su prestigio, un CGPJ dependiente de la mayoría política de turno, una ausencia casi total de transparencia democrática, una televisión pública monopolizada, unos partidos y unos sindicatos cautivos de los Presupuestos Generales del Estado.

Todo ello constituye para mí un pésimo ejemplo, o mejor dicho, el ejemplo de lo que no debe ser. Y sobre estas cuestiones que son raíz y esencia de la misma vida democrática hay que actuar.

Que el PSOE ha roto el consenso constitucional en algunas de las materias enumeradas es tan evidente a estas alturas como que, muy probablemente, nosotros nos hemos equivocado en su tratamiento.

En una sociedad moderna la televisión es uno de los exponentes capitales ciertamente para determinar el grado de plenitud democrática de un país, y obvio es decir que el nuestro ni lo ha alcanzado ni se acerca.

Pero, lo que es más importante: seguirá sin alcanzarlo si la respuesta es negociar cuota de pantalla o televisión pública por televisión pública, porque una, o diecisiete, al fin y al cabo que más da.

La televisión no es del Estado: es de la sociedad. Y en consecuencia es a ésta a quien corresponde la iniciativa, y a los ciudadanos el libre ejercicio de su libertad y de sus derechos.

Un sistema de libertad de televisión en el mundo de hoy es el que tiene por límite la técnica, y no la arbitrariedad política, sea ésta del color que sea.

La televisión en España, no será más libre porque la oposición salga más. Podrá ser más neutral, pero no será más libre.

Como la justicia tampoco será más independiente por que la oposición en lugar de tres vocales en el Consejo General del Poder Judicial tenga diez.

Como el Tribunal Constitucional no recuperará su prestigio si su formación está sujeta a las mayorías políticas de turno.

No se trata de números, sino del sistema.

No son los números los que hay que cambiar, sino el sistema de elección.

Que algunos entierren a Montesquieu es una cosa y que los demás colaboremos en el entierro es otra cosa completamente distinta. Y es por ello prioritario establecer los criterios de independencia del modo más nítido y claro, de tal suerte que no dejen lugar a dudas.

Una institución parlamentaria que en su mayoría, en su conjunto, acepta que no se creen Comisiones de Investigación, pongo por caso, mientras un ministro siga siendo ministro porque lo dice el ministro, ante uno de los sucesos jurídicos, políticos y económicos más graves que han sucedido en el país, da la medida de su real situación. Sin lugar a dudas que esta situación no es fruto de la casualidad sino consecuencia de la ocupación a la que antes me refería, y es por ello que la recuperación de la institución parlamentaria se me antoja más como algo vinculado directamente a la voluntad política que a otra cosa.

Y es esa voluntad la que hay que ejercer: la primera premisa para que la institución parlamentaria sea reflejo del país es que nadie se empeñe en lo contrario ni colabore a ello.

Confieso, señoras y señores, ante todos ustedes, mi escasa simpatía porque los partidos políticos se financien directamente con cargo a los Presupuestos Generales del Estado.

Creo, sinceramente, que hay que reflexionar con seriedad sobre estos puntos y determinar si la participación democrática así lo aconseja.

Pero mientras el sistema perdure, no debe perderse de vista por el centro-derecha que lo que presuntamente se gane en independencia no debe perderse en aislamientos, sino en sentido contrario: en plantear relaciones y estrategias de carácter claramente positivo y en contacto permanentemente con la sociedad.

Permítanme ustedes, ahora una brevísima pincelada, por ser uno de los asuntos que solo iban a ser anotados sobre la proyección exterior de España.

La política exterior española tiene tres ejes principales: el eje comunitario, el eje de la seguridad y el eje de la cooperación. La Comunidad Económica Europea es el más inmediato horizonte de nuestra política exterior. Si bien es discutible la oportunidad del momento en el que España accedió a la Comunidad, cuando ésta se encontraba y

aún se encuentra en plena crisis, no lo es así la inevitabilidad de nuestro destino europeo ni la irreversibilidad de nuestra adhesión a la Comunidad.

Lo que ahora se discute, en consecuencia, es cómo sacar el mejor provecho político y económico de la participación de España en la Comunidad Económica.

El reciente acuerdo de Bruselas en torno a la duplicación de los fondos estructurales, es decir, del FEDER, del FEOGA y del Fondo Social Europeo, no debe llevarnos, en ningún caso, a fiar toda nuestra suerte a ello, olvidando que es desde la competitividad de nuestras empresas, y desde su homologación con las circunstancias imperantes y dominantes en el mercado europeo, donde debemos poner decisivamente el acento de nuestra política.

Y por otra parte, desde ese mismo punto de vista político, es evidente que a España le interesa progresar en el proceso de cooperación política europea.

El eje de seguridad, tiene, a mi entender, tres dimensiones: OTAN, el pilar europeo de la Alianza, y las relaciones con Estados Unidos.

Permítanme solo decir que el referéndum de 1986 ha delimitado, a mi juicio, la forma de participar en la política de seguridad europea y occidental de España. Es preciso, sin embargo, mantener claras actitudes de solidaridad con los países de este área, evitando que cualquier resabio tentación neutralista o tercermundista provoque confusión entre nuestros socios y aliados.

Y, por último, en cuanto al eje de cooperación, creo, sinceramente, que es fundamental referirlo a Iberoamérica, sin diluir esfuerzos ni buenos deseos de más que dudoso resultado en otras direcciones.

Señoras y señores, si creo que es posible un proyecto político propio de cariz claramente liberal, es necesario analizar ahora, entrando ya en la recta final, cuál es la mejor estrategia que la puede servir.

El Centro-derecha español en su conjunto, y no sólo en el político, ha dado — y es verdad— un lamentable espectáculo político en los últimos años. Ha sido devorado por un afán suicida que le ha llevado a centrar sus afanes en destruir lo propio antes que en combatir lo ajeno. Cuando la izquierda se afana en lo que llaman la busca de una nueva cultura, cuando se reconoce públicamente que corren malos tiempos para la izquierda, reconociendo la derrota que ha sufrido la izquierda en este campo, ¿qué ha hecho colectivamente el centro-derecha sino algún esfuerzo tan meritorio como aislado?

No quiero remontarme muy atrás, pero permítanme que me haga —y les haga a todos ustedes—, una pregunta tan difícil como comprometida:

Casi un año y medio después de la dimisión de Fraga, ¿cuál es la situación? ¿Es igual? ¿Es mejor? ¿O es peor?

Centro conscientemente la pregunta en aquella grave circunstancia porque a Fraga fue a quien se le hizo culpable público del fraccionamiento del espacio de centro-derecha, de la existencia de un techo electoral, de la dificultad para poner de acuerdo a los afines y de la imposibilidad del diálogo de cualquier tipo con los nacionalismos.

Pues muy bien, ¿y ahora qué? ¿Qué razones se dan, qué argumentos se exponen, qué situación se muestra?

No se trata de volver a atrás, ni de demostrar a estas alturas quién tenía la razón, ni de fustigar a los culpables de lo que pasó. Cifras y hechos, hechos y cifras son incontestables.

Desgraciadamente, lo que ocurrió fue que aquello fue tomado como una anécdota y eso hace, entre otras cosas, que estemos donde estamos.

Y es esta circunstancia —y nada más que esta circunstancia— la que debe invitarnos a la reflexión que yo pido y solicito.

Se trata, al final, de saber si estamos decididos a mantener una estrategia de resistir sin ganar, o si, por el contrario, estamos decididos a diseñar una estrategia para ganar. No comparto —y me adelanto a decirlo— los criterios de quienes ponen sus objetivos en la consolidación permanente.

No creo que los partidos sean un fin sino, simplemente, un instrumento.

Tampoco concibo a los partidos como agencia de colocación ni como trampolines de promoción social.

Para mí, señoras y señores, una alternativa real en estos momentos es la que fundamenta su estrategia de acuerdo en la flexibilidad y no en la imposición; en el respeto e identidad política y al espacio del colindante que es afín, y no en la invasión. Es la que mantiene la actitud liberal de llegar hasta donde sea posible y no la cerrada del todo o nada.

Es la que busca la inteligencia en quién y con quién ha demostrado un respaldo real en las urnas y no en quién y con quién no lo tiene.

Es la que sabe hacer incorporaciones generosas a sus proyectos.

Al final, de lo que se trata no es de sumar más votos que el Partido Socialista, sino más escaños, y en consecuencia articular el sistema de acuerdos que sea necesario sobre esa base y no sobre ninguna otra.

Los acuerdos podrán ser *pre* o *post* electorales, de participación o de desistimiento, globales o parciales, flexibles, en definitiva, pero piensen ustedes entre tanto que, en las pasadas elecciones al Parlamento Europeo los votos obtenidos por Alianza Popular, el CDS y Convergencia y Unió, por citar estas tres fuerzas, fueron superiores, en su conjunto, a los alcanzados por el PSOE, pero éste obtuvo más diputados europeos.

Piensen ustedes que en las pasadas elecciones el centro-derecha superó en casi un millón de votos al Partido Socialista, pero que el 72% de los españoles tienen hoy alcalde socialista.

Y sé muy bien que no hay que confundir los deseos con la realidad. Lo anterior, a buen seguro, dependerá de que unos se den cuenta de que su soledad conduce a la desaparición, de que otros piensen que no es casualidad que las urnas les volvieron la espalda y reaccionen asumiendo esa situación. De que algunos quieran entrar en el juego y de que otros sepan conjugar acertadamente la inteligencia, la generosidad y la fortaleza.

Me permito recordarles el ejemplo francés: Jacq Chirac tiene menos diputados de su partido en la Asamblea Francesa en términos de comparación proporcional que los que obtuvo Coalición Popular en las últimas elecciones de 1986, sin embargo, es Primer Ministro a pesar de que el primer partido de Francia sigue siendo el Partido Socialista Francés.

Paso previo e inexcusable para afrontar esta estrategia es reflexionar sobre la principal fuerza del centro-derecha. Sobre mi Partido desde hace nueve años: sobre Alianza Popular.

Alianza Popular es, a mi juicio, quien con más urgencia debe pasar de lo que antes llamábamos una *resistencia sin ganar* a liderar una estrategia de victoria.

Alianza Popular ha superado, en términos razonablemente positivos, la difícil situación que se produjo con la dimisión de Fraga. Y no ha sido poco, ni mucho menos.

Pero Alianza Popular no debe de ningún modo conformarse con ello.

Personalmente yo no lo acepto.

Y, además, no creo tampoco que nadie lo pretenda.

Se equivocan de medio a medio, pues, quienes quedándose en la superficie de las cosas centran la cuestión en asuntos meramente personales como si todo se solucionara en un triste *quítate tú para ponerme yo*.

Se equivocan también quienes entienden que lo mejor es no hacer nada pues ir tirando.

Mi sincera opinión es que en Alianza Popular debemos iniciar un proceso que culminando en el próximo Congreso ordinario haga de este una gran congreso integrador y solidario y no excluyente en ningún caso.

Y que realice un profundo debate que sitúe a nuestra partido claramente en la vanguardia del proyecto y de la estrategia del centro-derecha, en su núcleo capital e imprescindible y que además, sirva realmente a su fortalecimiento interior.

El mencionado proceso y el citado Congreso ordinario debe, a mi juicio, llevarnos, entre otras cosas, a perfilar un proyecto ideológico de claro matiz liberal, porque hoy las políticas liberales se ejercen desde partidos conservadores y las que se ejercen desde partidos liberales se vinculan a partidos conservadores y no hay excepción de relieve a esa regla. Y de ahí, entre otras cosas, nace la gran síntesis liberal conservadora.

Debe llevarnos también a ajustar nuestra organización haciéndola más flexible y acoplándola más perfectamente a la estructura autonómica del Estado. Es decir, un partido más regionalizado: ello no sólo será de gran utilidad en el funcionamiento interno de nuestra fuerza política sino que habrá de servir más adecuadamente a nuestras relaciones con las fuerzas regionalistas o nacionalistas y ello, de ningún modo, de ninguna manera, y en ningún caso supone cuestionar, ni por asomo el carácter nacional del Partido.

Lo anterior puede exigir —y yo creo que de hecho exige— la correspondiente reforma estatutaria que debería también extenderse al sistema de elección interno en todos los niveles territoriales.

Y, por último, nuestro partido debe determinar claramente su estrategia política: hacia el exterior, asumiendo una mayor pluralidad y buscando el entendimiento; hacia el interior, buscando su propio fortalecimiento como primera garantía de éste.

Esa es, a mi entender, la tarea prioritaria de Alianza Popular que debe surgir de un compromiso y de un esfuerzo conjunto.

Lo que Alianza Popular sea depende, ni más ni menos, que de lo que seamos capaces de hacer nosotros, los miembros de Alianza Popular y nada más que nosotros.

Pues bien, señoras y señores, desde mi tierra de Castilla y León intentamos servir y aplicar muchas, o algunas con el mayor acierto posible de las ideas que aquí he expuesto. Y así lo vamos a seguir haciendo. Poniendo la contribución de aquellas tierras y en lo que valga, de la entera sociedad española.

Al final he de volver a afirmar mi fe en la existencia de un proyecto alternativo del centro-derecha español que puede resumirse en un objetivo: el retorno y el fortalecimiento a la sociedad civil.

A la hora del voto, el ciudadano ha de tener clara conciencia de que elige entre dos opciones distintas: entre un modelo cuyo eje de actuación es la prepotencia del Estado, y un proyecto cuyo centro de atención es la persona humana a cuyo servicio se subordinan las Instituciones Públicas.

Estoy convencido de que el centro-derecha puede aportar a la sociedad española una cultura de libertad, que como savia nueva, haga saltar el círculo vicioso en el que está enredada, en gran modo, la sociedad actual.

Es para mí, por tanto, una falacia decir que no existe alternativa.

Hay una alternativa al socialismo: las ideas, las propuestas de gobierno, la identidad del proyecto.

Las bases sociales sobre las que se cimentaron la alternancia en el poder existen.

Permítanme, en consecuencia, que les pregunte, por último, si además de desear una gran alternativa, la ven, como yo, factible.

Si es así, ojalá que entre todos la hagamos triunfar.